

CAPÍTULO XVIII

LA MUERTE

Luz no salió ya de casa del Conde de Elvén hasta que se verificó su matrimonio, que fué un mes después.

Pero no fué sola al altar; otras dos bodas tuvieron lugar el mismo día: la de su madre y la de su hermana.

El nudo santo del matrimonio enlazó á Dolores con el Conde, y á Lágrimas con su adorado Frantz.

La hija mayor de la antigua cortesana pareció revivir desde que tuvo la evidencia de su doble felicidad: la del casamiento de su madre y la del suyo.

Su madre, aquella madre á la que siempre había amado con tanta ternura, quedaba rehabilitada á los ojos del mundo.

Dolores Herrera era ya la Condesa de Elvén. De la frente de Lágrimas desaparecía la más tris-

te de todas las manchas: la de su nacimiento: ya era hija de los Condes de Elvén.

Y además recobraba á Frantz; á Frantz, que olvidaría muy pronto, ó tal vez había olvidado ya, aquella mujer, de la que habían hablado á Lágrimas como de una de esas criaturas desgraciadas y despreciables.

¡Oh; si ella hubiera sabido que aquella mujer era su madre! Pero Dios, siempre Padre misericordioso, quiso ahorrar á la inocente niña aquel terrible dolor.

Frantz parecía que había despertado de un sueño penoso: así al menos lo creía él. Aquel capricho momentáneo que le inspiró Dolores, y que fué el sentimiento más fuerte que esta desgraciada logró inspirar en toda su vida, se evaporó como un perfume mal conservado, ante la pura y doliente belleza de Lágrimas, que su amor arrancaba al borde del sepulcro.

Si ciego con su locura se hubiera casado con Dolores, el hastío y el desencanto hubieran llegado bien pronto.

Casado con su hija, una alegría tranquila é intensa, en la que tenía no poca parte el orgullo satisfecho, inundó su alma. Aquella niña, bella, pura como un ángel, enamorada como una palo-

ma, rica y de ilustre sangre, le pertenecía: era una esposa que le debían envidiar todos.

Tales fueron los pensamientos que la desventurada Dolores leyó, como en un libro abierto, en el alma de aquel hombre, único á quien verdaderamente había amado.

Luz, á la que ninguna parte tocaba en la repentina elevación de su madre y de su hermana, era la más dichosa de las tres, porque en las almas buenas y cándidas como la suya, la dicha de las personas queridas es preferible á la propia ventura. Ella quedaba siendo la humilde hija de Benavente, que había muerto pobre; ¿pero qué importaba? Era la esposa de aquel gran artista que la amaba, y á quien ella quería y admiraba con todo el entusiasmo de sus diez y seis años.

¿Qué era en tanto de Dolores? El ángel de la muerte tendía sus alas sobre la cabeza de la Condesa de Elvén.

Había llegado por fin al destino que habían soñado para ella sus padres; pero había llegado con el alma herida de muerte, y su corona de Condesa debía ceñir una frente moribunda.

Luz, apenas casada, fué á vivir á casa de los padres de su esposo, y no hay que decir si la buena de Elena y el honrado Benavides serían para

aquella niña angelical unos amorosos padres, y Modesta una amorosa hermana.

Lágrimas y su marido fueron á habitar una elegante casa que para ellos había comprado el Conde de Elvén.

Frantz tenía empeño en marchar á París por una temporada para que Lágrimas conociese la gran capital del mundo civilizado; pero la Condesa, que delante de él callaba siempre, había dicho á Lágrimas:

—Hija mía, no te separes de mí hasta dentro de un mes.

—¿Por qué, mamá?—preguntó Lágrimas.—Cuanto antes me vaya antes volveré.

—Sin duda; pero dentro de un mes me harás falta aquí.

—Siendo así, no me marcho—dijo Lágrimas.—tú antes que todo.

Dolores, tranquila por este punto, pareció vivir desde entonces en una profunda calma; pero, al ir cada noche sus hijas á verla, advertían la espantosa y rápida demacración que se iba apoderando de ella.

El Conde la advertía también; porque, ¡cosa rara!, aquel hombre, que había empezado por dedicar á Dolores una ardorosa gratitud por el sa-

crificio que se había impuesto para salvar á su hija, al ver de cerca á aquella mujer que le debía todas sus desgracias, había sentido nacer en su pecho un amor grande y profundo.

Ambos eran jóvenes aún; ambos conservaban bastante belleza para hacerse amar respectivamente; ocupaban un sitio elevado en la escala social; el amor parecía inevitable entre ellos; y, sin embargo, el amor se había aposentado en un solo corazón: en el del Conde; el de Dolores permaneció cerrado y mudo como una tumba, como la tumba que guardaba á sus padres.

Era una bella tarde de las últimas de Abril. La Condesa se había sentido indispuesta hacía ocho días, pero levemente, según ella decía, y no quería que por entonces se llamase al médico.

Sin embargo, en aquella tarde presentaba tan ostensibles señales de malestar y de fatiga, que el Conde, alarmado, envió á buscar al doctor que había asistido á su hija.

Antes de llegar el médico, llegó Berta á visitar á su amiga: porque la Condesa de Elvén había borrado el recuerdo vergonzoso de *la Dolores Herrera*.

La Marquesa de Villafiorida era siempre la bella y elegante dama que hemos conocido; ade-

más, madre ya de dos niños, la maternidad la había embellecido mucho más.

—¡Dolores!—exclamó al entrar:—¿qué tienes? ¡Qué horroroso estrago en tres días que he pasado sin verte!

—¡No sé!...—repuso la Condesa.—Sólo me duele de vez en cuando el corazón... Pero, Berta, haz llamar á mis hijas, y envía á la parroquia para que venga un sacerdote... Creo, en efecto, que no estoy buena, y no estará de más que me confiese.

—¿Á qué pensar en eso, Dolores mía?—dijo el Conde tomando tiernamente la mano de su esposa.

—Señor Conde—respondió Dolores, que nunca, desde que éste la abandonó, había querido llamarle de otro modo, ni aun después de su casamiento:—siempre debemos pensar en Dios.

La llegada del doctor impidió contestar al Conde.

Acercóse aquél á la Condesa, y asió su mano derecha; pero la soltó, y retrocedió horrorizado y con el semblante pálido.

Prescribió algunos medicamentos y se despidió hasta la tarde.

Berta salió tras él, y le preguntó si había peligro.

—De muerte—respondió el doctor:—esta señora padece un aneurisma agudo que se ha descuidado de un modo muy imprudente. Creo que no saldrá de hoy.

Berta volvió aterrada al lado de la Condesa.

Poco después llegaron sus hijas: al verlas, una alegría inefable dilató las facciones de la enferma, que abrazó á aquéllas una después de otra.

—¡Dios mío!; ¡qué pálida estás, mamá!—exclamó Lágrimas.—¿Estás mala?

—Sí, hija mía..., estoy muy mala—repuso la Condesa tranquilamente;—tan mala, que muy en breve voy á dejaros...

—¡Gran Dios!—exclamaron las dos jóvenes y los dos esposos, que las habían acompañado.

—Sí—prosiguió Dolores:—Dios me llama á sí... Pero os dejo dichasas—añadió mirando á Frantz:—esto era lo que deseaba..., y ya puedo morir feliz á mi vez.....

La luna enviaba su primer rayo á la tierra, cuando Dolores Herrera, Condesa de Elvén, que hacía rato permanecía inmóvil, lanzó un suspiro, que fué el último.

Había recibido todos los auxilios de nuestra santa religión, é iba á buscar al cielo un descán-

so que no había podido hallar en toda su vida sobre la tierra.

Su agonía fué silenciosa, tranquila, y pasó casi desapercibida, como habían pasado todos sus sentimientos.

Su vida fué borrascosa.

Su muerte, silenciosa y tranquila, como la de una verdadera cristiana.

El alma enferma fué á buscar su eterna salud en el seno de Dios.

EPÍLOGO

Miss Ofelia fué á vivir al lado de su hermana y de su sobrina, que se casó poco después.

Frantz, deseando consolar á Lágrimas de la muerte de su madre, y distraerse él del dolor sordo que le traía el recuerdo de Dolores, marchó con su esposa á París.

Luz vivió dichosa al lado de su esposo, que alcanzó mucha gloria y no poco dinero, y cerró los ojos de los padres de éste, que la amaban lo mismo que á su hija Cesarina.

Ésta casó también con su querido Julián, humilde empleado de un Ministerio, pero joven honrado y afable, que la hizo muy feliz.

Modesta y Berta lloraron por largo tiempo y con toda sinceridad la muerte de Dolores: la habían amado y compadecido de veras en todas sus desgracias, en todos sus extravíos.

—¡Ah!—exclamaba Modesta;—¡ahora que podía haber sido dichosa!

—Nunca lo hubiera sido—respondió la Marquesa,—porque nunca lo es el que, no teniendo fuer-